

EL DINERO, EL ESTADO Y EL MERCANTILISMO MODERNO*

Murray N. Rothbard

El dinero es el nervio motor de cualquier economía que supere el nivel más primitivo. Una economía es una red vasta e intrincada de intercambios entre dos personas, y el dinero constituye uno de los lados de cada intercambio. Es un medio por el cual los productores de bienes y servicios (vendidos por dinero) proceden a convenirse en consumidores de bienes y servicios (comprados a cambio de dinero). Si una persona o una organización maniobra para lograr el control sobre la oferta de dinero -sobre su calidad, su cantidad o su uso-, da un paso muy importante hacia el control absoluto de todo el sistema económico. De manera similar, es difícil imaginar cómo se puede alcanzar el completo control económico sin dominar la oferta de dinero.

1. El dinero en el mercado libre

En un mercado totalmente libre, ninguna persona ni ningún grupo puede tener control sobre el dinero. Este surge, en el mercado libre, cuando los individuos eligen como medio de intercambio una o más mercancías cuya demanda es particularmente intensa y que además poseen otras cualidades tales como durabilidad, movilidad y divisibilidad. Una vez que una mercancía semejante comienza a ser utilizada como medio, el proceso se acelera, ya que esto convierte a la mercancía en cuestión en la más valiosa, hasta que por fin comienza a ser usada como medio general de intercambio, es decir, como dinero. A lo largo de los siglos, el oro y la plata han sido las principales mercancías empleadas como dinero. Entonces, en el mercado libre el dinero surge como otro uso -y muy importante- de una mercancía en el mercado; en la era civilizada, las mercancías así elegidas han sido el oro y la plata.¹

En el mercado libre, una persona puede obtener dinero sólo de tres maneras: *a*) produciendo un bien o servicio e intercambiándolo (“vendiéndolo”) por el dinero-mercancía; *b*) cuando alguien se lo da por su propia voluntad, o *c*) produciendo el dinero-

* Publicado originalmente en H. Schoeck y J. W. Wiggins (eds.), *Central Planning and Mercantilism*, Van Nostrand, Princeton, 1964.

¹ El profesor Mises ha demostrado que el dinero sólo puede originarse de esta manera -como una mercancía en el mercado libre- y no por voluntad del gobierno. Véase Ludwig von Mises, *The Theory of Money and Credit*, 2ª edición, Yale University Press, New Haven, 1953, pp. 97-123. Puede encontrarse una discusión posterior en Murray N. Rothbard, *Man, Economy, and State*, D, van Nostrand Co., Inc., Princeton, 1962, I, 231-37. Véase también Rothbard, “The Case for a 100 Per Cent Gold Dollar”, en Leland B. Yeager (ed.), *In Search of a Monetary Constitution*, Harvard University Press, Cambridge, 1962.

mercancía. Sin embargo, el caso *b)* no predomina en la economía y, sea como fuere, se reduce a los otros dos métodos, porque retrocediendo en el tiempo se llegará a un punto en el cual el proceso de donación debe terminar. Pero un bien no puede ser elegido como dinero en el mercado a menos que su demanda sea grande y duradera, y de ningún modo puede serlo si dicho bien no es relativamente escaso. Por ende, la vía *c)* para la adquisición de dinero implica la compleja producción de una mercancía escasa; en el caso del oro y la plata, esto significa que es preciso encontrar nuevas reservas de mineral y extraerlas del suelo. En el mercado, todo negocio y toda industria tienden, en el largo plazo, a producir la misma tasa de ganancia; si no es así, el capital y los recursos serán transferidos de las industrias cuyo rendimiento sea más bajo hacia aquellas que tengan un rendimiento más alto, hasta que las tasas de ganancia se equilibren. En consecuencia, la explotación de minas de oro no es un negocio particularmente duradero en el mercado; tiende a producir aproximadamente la misma tasa de ganancia que las demás industrias. La industria de la explotación de minas de oro y de plata no ofrece, pues, un incentivo mayor que el de cualquier otra industria. Además, ambos metales son tan durables que la proporción de nuevas vetas de estos minerales explotadas cada año por lo general es pequeña si se la compara con el stock existente.

En vista de esto, la vía más importante para obtener dinero en el mercado es la *a)*, la venta de bienes y servicios a cambio del stock de dinero de alguna otra persona. Nadie puede obtener dinero a menos que produzca bienes y servicios destinados al intercambio o se dedique a la explotación de minas de oro. Con excepción de las donaciones voluntarias que se le hagan, recibirán oro o plata en proporción con el valor que otras personas asignen a los servicios que se les prestan.

Es evidente que en la economía de mercado libre ninguna persona o grupo puede controlar cualquier aspecto del dinero perteneciente a la sociedad. Todo el dinero existente es extraído del suelo por individuos privados y no existe la emisión monetaria por parte del estado. Lo que determina la oferta total de dinero es el estado de los recursos naturales y la iniciativa de las personas que desean dedicarse libre y voluntariamente al negocio de la explotación de minas de oro o de plata. La cantidad de dinero que obtiene cada persona está determinada únicamente por la decisión libre y voluntaria de cada individuo con respecto a la cantidad que desea comprar y vender, o no comprar y no vender, de cualquier producto o servicio dado. El resultado agregado de estas decisiones individuales determina el total de ventas y de ingresos de una persona. El dinero libre y no sujeto a control y un mercado libre y no controlado, van de la mano.

Y sin embargo, curiosamente, el mundo se ha alejado tanto de una moneda verdaderamente libre que hasta los economistas más “conservadores”, que a menudo defienden el mercado libre en otras áreas, ni siquiera contemplan la posibilidad de retornar a una moneda producto de un mercado libre. En realidad, Milton Friedman y los economistas de la “escuela de Chicago” abogan por los billetes emitidos por el gobierno, sin respaldo ni garantía alguna, y evitan cualquier conexión, por remota que sea, con el oro y la plata. La Cámara de Comercio de los Estados Unidos, en su texto sobre

economía, sencillamente acepta que : “Es dinero aquello que el gobierno dice que lo es”.² Sin duda alguna, cuando se otorga permanentemente al gobierno el control sobre algo tan vital como la oferta de dinero, el futuro del mercado libre corre un serio peligro.

2. El dinero y el estado

En la revolución del *laissez-faire*, que se llevó a cabo en el siglo XIX, la moneda fue una de las áreas cruciales en las que esta revolución apenas si marcó algún progreso. El gobierno mantuvo el monopolio de la acuñación, siguió aplicando leyes sobre el curso legal y retuvo el poder de fijar arbitrariamente tasas de intercambio entre el oro y la plata; pero no fue sólo eso sino que, y esto tiene una importancia especial, siguió existiendo el Banco Central, y con él el control virtual sobre el sistema bancario. Como las obligaciones del sistema bancario, que nominalmente eran rescatables en oro o en plata, se fueron convirtiendo cada vez más en la mayor parte de la oferta monetaria de cada país, la protección y el dominio del sistema bancario por parte del gobierno se hicieron cada vez más vitales.

El estado, que en el siglo XIX prácticamente no había cedido el control que ejercía sobre la moneda, en el siglo XX llegó a dominar de manera absoluta el sistema monetario, confiscando el oro y la plata de los ciudadanos e impidiendo que los usaran como moneda. Así, en la mayoría de los países se ha arrogado un monopolio compulsivo de la emisión monetaria; el “papel moneda” estándar, que constituye el dinero de la nación y en el cual contrae sus obligaciones el sistema bancario controlado y manejado por el gobierno, es papel emitido por el *gobierno*.

No es ningún misterio que el estado retiene su control sobre la moneda incluso mientras cede temporariamente su dominio en otras áreas de la economía. En primer término, y como hemos visto, el control monetario es un prerrequisito para el manejo arbitrario del resto de la economía. Otra de las razones por las cuales el estado tiene un interés vital en el control de la moneda es que sólo a través de él puede quebrar el nexo entre producción e ingreso en el mercado libre, en el cual, como hemos visto, la única manera de obtener dinero es producir y vender bienes o servicios a quienes desean comprarlos; por lo tanto, sólo se puede conseguir dinero perteneciente a otros proveyéndoles los servicios que necesitan. Pero sólo existe un modo de terminar con el requerimiento de producir los bienes y servicios requeridos para obtener dinero, y es el de controlar los medios para crear dinero. Si alguien puede crear nueva moneda de manera simple y fácil, puede entrar al mercado para consumir bienes y servicios sin necesidad de producir ninguno por sí mismo. Los individuos particulares no pueden hacer esto en el mercado, puesto que constituye el delito de “falsificación”. Sin embargo, el estado tiene el atributo singular de llevar a cabo acciones que se considerarían criminales si las realizaran los individuos

² Economic Research Department, Chamber of Commerce of the United States, *The Mystery of Money*, Chamber of Commerce, Washington, 1953, p. 1.

particulares (los “impuestos”, en contraposición con el “robo”; la “guerra”, en comparación con el “asesinato”; la “inflación” como contraparte de la “falsificación”). Si el estado controla la oferta monetaria, puede crear nuevo dinero y utilizarlo para aumentar sus propios gastos de bienes y servicios, así como los de aquellos grupos sociales que son favorecidos y subsidiados. La “falsificación legalizada” de la “emisión monetaria” permite al estado romper la cadena de producción-ingreso monetario en su propio beneficio. Esto significa necesariamente una pérdida para los verdaderos productores, que deben entregar recursos ante el requerimiento de aquellos que ingresan al mercado provistos con su dinero recién emitido. He aquí por qué la “inflación” -o sea, el aumento en la cantidad de papel moneda o de obligaciones bancarias- es una forma encubierta y particularmente insidiosa de tributación. Por ser encubierta, una inflación monetaria no puede suscitar la oposición que provocaría la fijación de impuestos. Y como la inflación monetaria permanece oculta aun cuando su *consecuencia*, la elevación de los precios, es evidente en general, el gobierno puede unirse a las demandas del público ante el aumento de los precios, pasando por alto muy convenientemente su responsabilidad, que es absoluta. De hecho, puede ir aun más lejos: puede acusar a cualquier grupo de los que constituyen la población, o a todos aquellos cuyos precios de venta han subido naturalmente por efecto de la inflación, de ser los *causantes* voluntarios de la suba de precios. Los extranjeros, los especuladores, los hombres de negocios (importantes o no), los trabajadores, cualquiera puede servir como chivo expiatorio y ser acusado, y de ahí en más el gobierno puede seguir utilizando estos verdaderos ataques como excusa para ampliar sus controles y su dominio sobre estos y otros grupos de la sociedad.

En resumen, el gobierno puede obtener beneficios -romper el enlace entre la producción y el consumo en el mercado- de dos maneras. Puede fijar impuestos, procediendo en forma abierta y evidentemente coercitiva, que puede despertar la oposición pública si la presión ejercida es demasiado intensa. O bien puede obtener el control del sistema monetario y emitir nueva moneda para sus propios gastos o para recompensar a los grupos que favorece. Además, este proceso inflacionario es oculto y sutil, y no es probable que provoque la reacción del público en general. En realidad, más tarde el estado puede hacer que la inflación redunde en su propio provecho y ser el primero en acusar a los grupos que se le oponen de ser los causantes de la inflación, usando esto como un pretexto para ampliar su poder sobre ellos y sobre toda la sociedad. Así, se presenta ante el público no como un depredador que grava a los ciudadanos con pesados impuestos sino como un noble y diligente protector contra la “inflación”.

Vemos ahora la profunda ironía que encierra la doctrina de que el estado debería “proteger a la sociedad contra la inflación” o “estabilizar el nivel de precios”, porque la inflación es saludable para el estado; es su tendencia natural; y si está tan decidido a asegurar su control absoluto sobre el mecanismo monetario es sobre todo porque esto le permite inflar la moneda en su propio beneficio.³ En realidad, es de esperar que cualquier

³ Todo tipo de grupos, en cualquier tiempo o lugar, pueden llegar a convertirse en favoritos o aliados del estado: grupos de hombres de negocios, grupos de agricultores, de trabajadores, grupos religiosos, etc. La

grupo que tenga la atribución exclusiva de crear nueva moneda la use para obtener ventajas, y por cierto el estado no es una excepción. Es curioso observar de qué manera tan distinta se analizan y se juzgan las motivaciones de los individuos cuando éstos son personas privadas y cuando son miembros del aparato del estado. Cuando alguien se dedica a los negocios o integra la fuerza de trabajo muy pocos piensan que su interés principal es el beneficio público; por el contrario, se acepta que lo mueve el deseo de obtener ganancias o aumentar sus ingresos y a nadie le parece mal que sea así. Y sin embargo, mientras que el provecho personal se considera la motivación natural en la empresa privada, en el momento en que un individuo pasa a formar parte del aparato del estado, inmediatamente se da por supuesto que está motivado únicamente por un impulso altruista en procura del “bien común”, y cualquier otra motivación se juzga “corrupta”. Es posible que esto se deba a que la gente se da cuenta en forma instintiva de que en el mercado libre las ganancias de un individuo son producto de los servicios que presta a otros, de modo que el beneficio privado de uno es coherente con el beneficio privado de todos, y de hecho lo acrecienta. El público puede también sentir -instintivamente que el aparato estatal obtiene ganancias *a expensas* de otros. A diferencia de lo que ocurre en el mercado libre, donde los intereses armonizan entre sí, en las acciones del estado se manifiesta un conflicto de intereses que les es inherente. Por lo tanto, puede resultar intolerable creer que los funcionarios gubernamentales confiscan y manejan la propiedad ajena en su propio provecho. Para que las acciones del estado parezcan asumir formas moral y estéticamente respetables, es preciso que la gente crea que dichas acciones están motivadas por el celo en procura del “bien común”. Si el público se da cuenta del absurdo que implican tales supuestos y ve que el estado es un grupo de individuos que medran con las producciones de otros, casi seguramente lo considerará como el causante natural de la inflación y no como un instrumento ideal para “estabilizar el nivel de precios”.

3. La banca central

La institución más necesaria para que el estado pueda controlar y manejar una economía moderna es el banco central, y no hay ninguna otra que sea más respetada. La mayoría de los economistas conservadores se consideran audaces cuando defienden la independencia del banco central con respecto al Tesoro, vana pretensión de que un organismo del estado como el banco central pueda transformarse de algún modo en una institución prudente y benefactora que esté “por encima de la política”. Por ejemplo, virtualmente no se cuestiona la prudencia con que la Reserva Federal maneja la economía norteamericana. La Cámara de Comercio, por lo menos, no tiene duda alguna:

Es [...] una importante función de las autoridades del banco central determinar la magnitud adecuada de la oferta monetaria para lograr el funcionamiento

cuestión es que: 1) *cualquier* grupo puede tratar de usar el aparato del estado como medio para obtener riqueza o poder; y 2) los gobernantes intentarán proteger a sus aliados más que al público en general.

efectivo de la economía y tratar de llevar a cabo políticas que eviten que la oferta monetaria sea excesiva o insuficiente. [...]

Durante los períodos de recesión o de depresión, la Reserva Federal debe disminuir los requerimientos de reservas, adquirir títulos del gobierno de los Estados Unidos y bajar las tasas de redescuentos. Esto proporcionará a los bancos comerciales un excedente de reservas y tenderá a aumentar la oferta de dinero. [...] En los períodos de prosperidad y en las últimas etapas de la recuperación, la política de la Reserva Federal debe ser la opuesta, es decir, aumentar los requerimientos de reservas, vender los títulos del gobierno de los Estados Unidos y elevar las tasas de redescuentos. Esto pondrá coto a la cantidad de crédito que se puede crear y evitará que la expansión económica se salga de cauce, limitando la suba de precios. [...]

Es incuestionable que el Tesoro de los Estados Unidos y el Sistema de la Reserva Federal están ahora en condiciones de evitar la inflación (y, hasta cierto punto, la deflación). Para fortalecer el accionar de estas autoridades monetarias es imprescindible el apoyo de un público informado en lo que respecta a una razonable estabilidad de precios.⁴

Por lo general se cree que el Sistema de la Reserva Federal -como otros bancos centrales- ha sido establecido para estabilizar la economía y poner freno a la inflación, pero eso es un mito. En realidad, ha sido ideado para *promover* la inflación bajo la protección del gobierno central. Por sí mismos, los bancos individuales, cuando no están artificialmente sostenidos por los bancos centrales, tienden a sufrir un colapso antes de que puedan llevar muy lejos la inflación: o bien por la pérdida de efectivo (oro o billetes) de cada banco que se expande excesivamente hacia otros bancos, o bien por las corridas bancarias. El banco central puede garantizar que todos los bancos se expandan de manera conjunta, proporcionar a las instituciones bancarias de todo el país las reservas que necesitan y prestar dinero a aquellas que se encuentran en dificultades, con lo cual puede originar una expansión mucho mayor, y coordinada centralmente, de la oferta monetaria.⁵

El artículo de Oscar B. Johannsen, lúcido y claro, contrasta con la opinión de los economistas conservadores que aceptan e incluso exaltan el dominio de la Reserva Federal sobre la moneda norteamericana. Comienza con una crítica de un informe de la

⁴ *The Mystery of Money*, p. 17; Economic Research Department, Chamber of Commerce of the United States, *Control of the Money Supply*, Chamber of Commerce, Washington, 1953, pp. 15, 21. También se debe notar el entusiasmo expresado por los miembros más destacados del grupo del patrón oro, The Economists' National Committee on Monetary Policy, en lo que respecta al control que ejerce la Reserva Federal. Véanse las observaciones de los profesores Niehaus, Wiegand y Spahr en James Washington Bell y Walter Earl Spahr (eds.), *A Proper Monetary and Banking System for the United States*, Ronald Press, New York, 1960, pp. 51, 106, 165.

⁵ Puede encontrarse un excelente análisis sobre la naturaleza inflacionaria del Sistema de la Reserva Federal, así como de sus políticas inflacionarias posteriores y sus desastrosas consecuencias, en C. A. Phillips, T. F. McManus y R. W. Nelson, *Banking and the Business Cycle*, Macmillan, New York, 1937, pp. 21 ss. Véase también O. K. Burrell, "The Coming Crisis in External Convertibility in U. S. Gold", *The Commercial and Financial Chronicle* (23 de abril de 1959): 5.

Comisión de Política Económica de la Asociación de Banqueros Norteamericanos, y continúa:

[...] la Comisión aparentemente acepta sin cuestionamiento el principio fundamental de que la moneda, la banca y el crédito giran en torno al estado y que, en consecuencia, éste debe controlar los asuntos monetarios a través de la acción política. [...] Al estado le corresponde decidir sobre la regulación de la moneda y de la banca tanto como sobre el cultivo y la comercialización de las cebollas. [...] Conforme con la tendencia a intervenir en las ciencias sociales, el estado ha reunido, en la medida en que pudo hacerlo, la moneda, la banca y el crédito en un sistema bancario centralizado sometido a su control. Pero un sistema bancario centralizado por el gobierno es un sistema bancario socializado, desde que la esencia del socialismo es el control y la dirección gubernamentales de lo que tendrían que ser empresas privadas. [...]

Ahora debería ser evidente que al instaurar el Sistema de la Reserva Federal los Estados Unidos han adoptado un sistema que se encarga de una fase de la empresa privada totalmente diferente de aquella con la cual se manejan la mayoría de los demás negocios. La industria, la minería y el comercio están en manos de individuos privados que tratan de obtener ganancias, y el consumidor es soberano. No existe ninguna comisión arbitraria o grupo de burócratas que determine quién tiene que fabricar automóviles, qué automóviles hay que fabricar, qué precios se deben fijar. [...] Todo esto lo hacen los individuos en forma privada, guiados por el Consumidor Soberano, que los dirige comprando o no comprando. Lamentablemente, en la banca, cuya materia prima principal es la más importante de todas las mercancías -el dinero-, hemos adoptado el socialismo. Se trata de un hecho alarmante que la empresa privada no puede contemplar con ecuanimidad, porque un sistema bancario socializado es el precursor del socialismo en todos los negocios.⁶

4. Inflacionismo y mercantilismo en los Estados Unidos: cinco estudios de casos en revisión histórica

Supuesto que la inflación es saludable para el estado, ¿cómo y por qué el gobierno ha generado inflación en la historia de los Estados Unidos? Los siguientes “estudios de casos” ilustran este proceso, así como la importante conexión entre la inflación y el control estatal generalizado de la economía. También ejemplifican la relación de la inflación con el “mercantilismo”, a saber, el uso de las regulaciones económicas y la intervención por parte del estado con el fin de crear privilegios especiales para un grupo favorecido de comerciantes u hombres de negocios. Hasta hace muy poco tiempo, no sólo los historiadores conservadores sino los de orientación izquierdista aceptaban el mito

⁶ Oscar B. Johannsen, “Advocates Unrestricted Private Control over Money and Banking”, *The Commercial and Financial Chronicle* (12 de junio de 1958): 2.622.

neo-marxista de que las luchas relacionadas con la inflación y la moneda firme en los Estados Unidos habían sido, en su totalidad, “luchas de clases” de los agricultores y los obreros (“clases deudoras”) en favor de la inflación, contra la posición de los comerciantes-acreedores, que favorecían la moneda firme. Los estudios de casos que veremos indican cómo las recientes investigaciones históricas han refutado esa tesis tan ampliamente aceptada.

A. El Banco de Fomento Agrario de Massachusetts de 1740

Desde su creación, los historiadores consideraron el proyecto del papel moneda inflacionario, el Banco de Fomento Agrario de Massachusetts de 1740, como un plan instituido por un conjunto de pequeños agricultores deudores frente a la oposición de los comerciantes acreedores de Boston. Los primeros que acuñaron este estereotipo fueron los opositores contemporáneos del plan, que tildaban a los patrocinadores de “plebeyos”; después fue sistematizado por historiadores de la economía tan conservadores como Andrew M. Davis, quien escribió en una época en la cual el inflacionismo agrario populista constituía una amenaza para las finanzas sólidas; más tarde, en la década de 1930, lo adoptaron los historiadores beardianos neo-marxistas, para ponerlo a buen resguardo en los libros de texto de historia. En realidad, tal como lo ha demostrado el Dr. Billias en un importante trabajo, los principales proponentes del plan eran tan acaudalados y estaban tan relacionados con el ámbito de los negocios como sus opositores; es necesario recordar, de una vez por todas, que los comerciantes también son deudores, y que los mayores defensores de un banco de fomento agrario “eran todos los hombres de negocios, políticos o profesionales que residían en Boston”; el patrocinador más importante era John Colman, un destacado comerciante de Boston, fundador del Banco de Fomento Agrario de Massachusetts. Colman, en realidad, trataba de conseguir el apoyo de los agricultores prometiéndoles que la inflación resultante elevaría los precios de los productos del agro. En cuanto a los hombres de negocios, deseaban especialmente la inflación después de 1720, ya que después de ese año el gobierno de Massachusetts adoptó una política por la cual concedía las tierras inhabitadas de la zona fronteriza a especuladores, quienes de ese modo pudieron venderlas a sus nuevos propietarios a precios mucho más altos. Deseaban la expansión del crédito bancario para financiar la especulación comercial en las transferencias de tierras fiscales y para elevar los precios de éstas. A la inflación se unía otra característica del mercantilismo: el subsidio a la industria nacional, permitiendo el reembolso de la deuda bancaria en ciertos productos manufacturados específicos.⁷

B. Nicholas Biddle, planificador y banquero central

⁷ George Athan Billias, *The Massachusetts Land Bankers of 1740*, University of Maine Bulletin, abril de 1959.

Los historiadores también malinterpretaron gravemente la famosa Guerra Bancaria entre Andrew Jackson y el Segundo Banco de los Estados Unidos. También en este caso, Jackson fue considerado un inflacionista agrario extremista, empeñado en hacer fracasar las “sólidas finanzas” de los conservadores, representados por Nicholas Biddle, director del Banco. Aquí, nuevamente, esta interpretación comenzó con los enemigos contemporáneos de Jackson, fue forjada en el curso de las batallas entre los conservadores y los populistas agrarios a fines del siglo XIX, y luego adoptada (por supuesto, invirtiendo los papeles de los héroes y de los villanos) por los historiadores neo-marxistas de las décadas de 1920 y 1930. En realidad, como lo han señalado las investigaciones históricas recientes, el verdadero antecesor del *New Deal* no fue Andrew Jackson sino sus adversarios, entre ellos Nicholas Biddle. Este, hijo de un prominente comerciante de Filadelfia, adoptó con entusiasmo el “Sistema Norteamericano” mercantilista de los *whigs*. Las concepciones mercantilistas de Biddle surgen claramente de la biografía escrita, en términos laudatorios, por el profesor Govan, quien dice:

El estudio de la economía política llevó a Biddle a rechazar las [...] doctrinas de los liberales clásicos. [...] Había visto con demasiada claridad, durante la guerra de 1812 y sus desastrosas consecuencias, cómo la actividad mercantil respondía a la expansión y contracción de la oferta monetaria, como para creer que la actividad económica estaba gobernada por leyes naturales con las cuales los hombres interferían a su propio riesgo. Abogaba por un arancel protector por razones de carácter nacional, en primer lugar para liberar al país de la dominación económica de Inglaterra. [...] Los salarios de los trabajadores y las ganancias de los fabricantes debían ser mantenidos en niveles más altos que los de los demás países, y los agricultores y los comerciantes serían recompensados por el aumento importante y sostenido del mercado nacional. [...] En un programa semejante, el mejoramiento interno y un banco nacional constituían elementos esenciales. La construcción de carreteras y de canales y las mejoras en los ríos y en los puertos facilitarían el movimiento de las mercancías y de las personas, y también el Banco de los Estados Unidos simplificaría los aspectos pecuniarios de estas mismas transacciones proveyendo una moneda uniforme y regulando los tipos de cambio internos.

No fue una mente única la que creó este concepto de una economía predominantemente privada que tijera dirigida, apoyada y controlada en interés del público por autoridades nacionales responsables. Su origen se encuentra en los papeles de gobierno de Alexander Hamilton. [...] ⁸

C. Stephen Colwell, socialista conservador

Las afinidades mercantilistas del conservadorismo y del socialismo, tan ignoradas, jamás

⁸ Thomas Payne Govan, *Nicholas Biddle: Nationalist and Public Banker 1786-1844*, University of Chicago Press, Chicago, 1959, pp. 70-71. Véase también pp. 50, 65.

han quedado mejor ilustradas que en el caso de un importante ideólogo proteccionista de la primera mitad del siglo XIX, Stephen Colwell.⁹ Colwell era un destacado personaje en la industria del hierro de Pennsylvania, y también hacía grandes inversiones en ferrocarriles. Por supuesto, la industria del hierro siempre fue una de las principales beneficiarias de los aranceles proteccionistas y también de la expansión del crédito bancario.¹⁰ En una serie de artículos publicados en la *Presbyterian Biblical Repertory and Princeton Review*, Colwell “intentó reunir en nombre de la cristiandad las fuerzas partidarias de la esclavitud, de la elevación de los aranceles y de los bancos, así como las fuerzas antidemocráticas de la nación”.¹¹ Colwell censuraba violentamente el “poder de los acaudalados” (el comercio), que “debería ser regulado mediante un arancel sensato o favorecería vorazmente sus propios intereses, indiferente al sufrimiento que causara a los trabajadores durante el proceso”; el trabajador, “oprimido, hambreado y menospreciado por [...] la encarnizada competencia”, es más “esclavo” que los esclavos en el Sur.¹² En realidad, los esclavos resultan beneficiados por la esclavitud, y se beneficiarán más aun por los aranceles elevados. Un arancel proteccionista adecuado y fijado con prudencia también permite a los hombres establecer precios no más baratos, sino relacionados con la cantidad de trabajo insumido en el producto. Colwell denunció el *laissez-faire* como abstracto, diciendo además que ponía el acento sobre el egoísmo y el materialismo en lugar de ponerlo sobre la religión, la moral, la historia y el bienestar del hombre en su totalidad. Los teóricos del *laissez-faire*, de hecho, cometían la iniquidad de privilegiar las “demandas del libre comercio” por sobre las “demandas del trabajo”, que incluían la protección y la disciplina del sistema esclavista.¹³

También escribió que: “Sólo el gobierno puede examinar el ámbito de la industria nacional en su totalidad y cerciorarse de la condición de todos los trabajadores. [...] cuántos de ellos están sufriendo por el influjo de los productos foráneos”. En la década de 1850 Colwell se concentró en la denuncia de la moneda firme y en el reclamo por un banco central que regulara el dinero circulante y por un papel moneda inconvertible. En realidad, en el programa de Colwell, los bancos no tenían que rescatar sus billetes, y sólo estaban obligados a recibir sus *propios* billetes en pago de deudas. Colwell negaba que la inflación que contemplaba aumentaría mucho los precios: la teoría cuantitativa del dinero era producto de los “teóricos” y las estadísticas la refutaban. Y de cualquier manera, incluso si sobrevinieran precios altos, éstos serían beneficiosos, especialmente si se conjugaran con un arancel elevado que asegurase que la competencia extranjera no perturbaría el idilio de los precios altos y los altos salarios. Colwell censuraba el sistema

⁹ Puede encontrarse un esclarecedor análisis sobre Colwell en Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization*, Viking Press, New York, 1946, II, pp. 809-26.

¹⁰ El primer líder político importante del movimiento proteccionista organizado en los Estados Unidos, el representante Henry Baldwin, fue uno de los principales fabricantes de hierro de Pittsburgh. En realidad, se lo llamaba el “Padre del Sistema Norteamericano”. Véase Murray N. Rothbard, *The Panic of 1819: Reactions and Policies*, Columbia University Press, New York, 1962, pp. 164 ss.

¹¹ Dorfman, op. cit., p. 811.

¹² *Ibíd.*, pp. 811-12.

¹³ Cf. Stephen Colwell, *The Claims of Labor and Their Precedence to the Claim of Free Trade*, 1861.

bancario existente, cuyos billetes eran pagaderos en especie, diciendo que “se lo predicaba falsamente sobre el supuesto de que cuando quiera que nuestros importadores, como consecuencia de haber comerciado en exceso, se encontrasen frente a un balance gravemente adverso, a la comunidad comercial en su conjunto deberían negársele los préstamos bancarios usuales”.¹⁴

D. La inflación y la protección en el período de Reconstrucción

Otro mito que ha perdurado entre los historiadores hasta hace muy poco tiempo es el concepto neo-marxista de Beard-Beale del período de Reconstrucción como la explotación del derrotado Sur por la “clase capitalista en ascenso” del Norte. Se suponía que la “explotación” había sido impuesta mayormente a través de la moneda firme y el arancel protector. También en este caso los historiadores han leído en sus fuentes acerca de condiciones históricas y políticas que sólo se lograron después de 1890. En realidad, como lo han demostrado recientemente unos pocos historiadores, las opiniones de los capitalistas del Norte acerca del programa de Reconstrucción estaban divididas, y también lo estaban las de los radicales republicanos con respecto a la moneda firme y al arancel. El senador Charles Sumner, uno de los dos famosos líderes de los radicales, propugnaba la moneda firme y el libre comercio; en cambio, el representante Thaddeus Stevens, fabricante de hierro de Pennsylvania, se inclinaba por el proteccionismo y los billetes de banco. En realidad, nuevamente la industria del hierro y el acero de Pennsylvania estaba en primera línea en la batalla por el proteccionismo y por el inflacionismo del papel moneda. Los habitantes de Pennsylvania se daban cuenta de que, en un período de papel moneda inconvertible, la inflación -y la consiguiente depreciación de los billetes de banco en comparación con el oro y las divisas- era el *equivalente* de un arancel proteccionista, al abaratar artificialmente las exportaciones norteamericanas y encarecer las importaciones. El representante William D. (“Pig Iron”) Kelley, de Pennsylvania, fue otro de los principales partidarios de la inflación del papel moneda y de un arancel proteccionista.

Los intereses del hierro y del acero de Pennsylvania temían la competencia de Gran Bretaña, cuyos costos eran más bajos. Por lo tanto, se unieron con la industria marginal del carbón de Pennsylvania, que temía la importación del carbón de Nueva Escocia, de costo menor, y con individuos que especulaban con acciones, como Henry Clews, quienes deseaban un crédito inflacionario para la financiación de la especulación con acciones y el alza de los precios de éstas, en su respaldo al proteccionismo y el papel moneda. Tampoco los acaudalados partidarios del mercantilismo fueron más allá del uso de una retórica anticapitalista. Stephen Colwell se mostró nuevamente activo en la causa. Y el representante Daniel J. Morrell, un importante industrial del hierro de Pennsylvania, atacó a las fuerzas que defendían la moneda firme como a “enemigos de los trabajadores”

¹⁴ Harry E. Miller, *Banking Theories in the United States Before 1860*, Harvard Press, Cambridge, 1927, p. 138. Cf. *ibíd.*, pp. 135-38.

y como a “hombres adinerados, que desean que su dinero tenga más poder que el trabajo y sus productos”.¹⁵ Joseph Wharton, de la Bethlehem Iron Company, acusó a la política del Tesoro de mantener una moneda firme reasumiendo el pago en especie, de estar instrumentada por “nuestros enemigos ingleses”.¹⁶ La American Iron and Steel Association, la Union Meeting of American Ironmasters, la American Industrial League (compuesta principalmente por los fabricantes de hierro de Pennsylvania) y su órgano *Industrial Bulletin*, así como las revistas *The American Manufacturer* (Pittsburgh) y *Iron Age*, también apoyaron persistentemente la causa del proteccionismo y la inflación.

Entre los principales defensores del dinero barato durante este período estaba el prominente banquero Jay Cooke; éste, uno de los receptores de las concesiones de tierras fiscales en sus empresas de ferrocarriles, se benefició con la inflación y la expansión del crédito que elevó el precio de la tierra. Cooke, entre paréntesis, había sido uno de los que impulsaron la creación del Sistema Bancario Nacional durante la Guerra Civil, innovación que acarrió el control federal sobre el sistema bancario por primera vez desde que Jackson abolió el Segundo Banco de los Estados Unidos. Fue contratado por el Norte para que fijara el principal suscriptor de los bonos gubernamentales, y por consiguiente trabajó a favor del establecimiento de un sistema bancario nacional cuyas reservas se apoyaran sobre estos bonos, obligando así a los bancos a realizar fuertes inversiones en bonos (de Cooke).¹⁷

E. Paul Warburg, el mercado de aceptación y el Sistema de la Reserva Federal

Es bastante curioso que desde su creación, el Sistema de la Reserva Federal empezara a *crear* un mercado para el papel de aceptación, una forma de crédito que casi no existía en los Estados Unidos (en contraste con Europa). Era antieconómico en los Estados Unidos, donde los canales de crédito preferían los pagarés con un solo firmante. Y no obstante, la Reserva Federal otorgó un enorme subsidio al mercado de aceptaciones, manifestando su disposición a comprar cualquier aceptación ofrecida por el mercado y a un precio especialmente favorable, más barato que los redescuentos ordinarios de la Reserva. El *boom* de fines de la década de 1920 demostró que esta política de apoyo incondicional y de subsidio del mercado de aceptaciones era desastrosa, e impidió varias veces a la Reserva Federal detener su expansión del crédito. En los últimos años de esta década, la Reserva, comprando de esta manera aceptaciones directamente de los bancos privados de aceptación, llegó a tener en su poder casi la mitad de las aceptaciones de los banqueros

¹⁵ Robert P. Sharkey, *Money, Class, and Party*, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1959, pp. 159 n.

¹⁶ Irwin Unger, “Business Men and Specie Resumption”, *Political Science Quarterly* (marzo de 1959): 53.

¹⁷ Sharkey, op. cit., pp. 245 ss. Además de Unger, op. cit., pp. 46-70, véanse otras obras de revisión histórica reciente acerca de este tema: Stanley Caben, “Northeastern Business and Radical Reconstruction: a Reexamination”, *Mississippi Valley Historical Review* (junio de 1959): 67-90; Irwin Unger, “Review of Robert P. Sharkey, *Money, Class and Party*”, *Political Science Quarterly* (junio de 1960); y Julius Grodinsky, “Review of Robert P. Sharkey, *Money, Class and Party*”, *Mississippi Valley Historical Review* (junio de 1960).

más prominentes del país.¹⁸ Además, restringió su generosa política de subsidios a unas pocas casas de aceptación importantes. Se rehusó a comprar aceptaciones directamente de las empresas, insistiendo en comprarlas a las casas de aceptación intermediarias, y sólo a aquellas que tuvieran un capital mayor de un millón de dólares. También otorgó excesivamente a unos pocos comerciantes “acuerdos de nueva adquisición”, la opción de volver a comprar las aceptaciones al precio corriente.

¿Cuál fue la razón de que esta absurda política, que demostró ser muy inflacionaria, fracasara en el último intento de crear un mercado de aceptaciones permanente y extendido, y constituyera una forma flagrante de subsidio y privilegio especial para los mayores bancos de aceptación? Tal vez la razón tiene que ver con el importantísimo papel desempeñado en la creación del Sistema de la Reserva Federal por Paul M. Warburg, uno de los fundadores. Warburg vino de Alemania para participar como socio en el banco de inversión de Huhn, Loeb & Co., y prontamente llevó a cabo una campaña para traer los muy dudosos beneficios de la banca central a los subdesarrollados Estados Unidos.

Paul Warburg tuvo mucha influencia en la fundación del Sistema de la Reserva Federal. Después de la guerra y durante la década de 1920 continuó presidiendo el muy poderoso Consejo Consultivo Federal, un grupo estatutario de banqueros que asesoraban al Sistema de la Reserva Federal. Es bastante interesante que Warburg también se convirtiera en uno de los principales banqueros de aceptación de la nación, y de este modo se beneficiara muchísimo con el sistema que había contribuido a fundar y cuyo curso había ayudado a establecer. Warburg fue presidente de la Junta del Banco de Aceptación Internacional de New York, el mayor banco de aceptación del mundo, director del importante Banco de Aceptación Westinghouse y de varias otras casas de aceptación, y principal fundador y presidente del Comité Ejecutivo del Consejo de Aceptación de los Estados Unidos, una asociación comercial organizada en 1919. Escribir acerca de la influencia de Warburg no es una especulación improbable, ya que él mismo se jactaba de su éxito al persuadir a la Reserva Federal de que no impusiera normas de elegibilidad estrictas para la compra de aceptaciones y de que estableciera la verdadera política de la Reserva de comprar todas las aceptaciones ofrecidas a una tasa subsidiada.¹⁹ Además, Warburg ejerció considerable influencia sobre Benjamín Strong, director del Banco de la Reserva Federal de New York, que en esos años virtualmente fijó la política de la Reserva.²⁰

¹⁸ Véase Charles O. Hardy, *Credit Policies of the Federal Reserve System*, Brookings Institution, Washington, 1932, pp. 243-63. Por cierto, el Dr. Hardy tiene razón cuando concluye que “no se ha ganado nada forzando la forma de crédito de aceptación en usos en los cuales no puede competir por sus propios méritos”. *Ibíd.*, p. 263.

¹⁹ En una alocución presidencial pronunciada por Warburg ante el Consejo de Aceptación de los Estados Unidos, el 19 de enero de 1923. Paul M. Warburg, *The Federal Reserve System*, The Macmillan Co., New York, 1930, II, 822.

²⁰ Strong sólo asumió su cargo ante la insistencia de Warburg y de Henry Davison, de J. P. Morgan & Co., su antiguo empleador. Cf. Lester V. Chandler, *Benjamin Strong, Central Banker*, Brookings Institution, New York, 1958, p. 39. Chandler, panegirista de Strong, considera que el “interés principal de Strong y de muchos de sus colegas, especialmente Paul Warburg [las cursivas me pertenecen] durante el período

En estos estudios de casos hemos visto que el inflacionismo y el control estatal del sistema monetario han sido propuestos y establecidos, en muchos períodos críticos de la historia norteamericana, no por “trabajadores y agricultores”, ni siquiera por intelectuales desleales, sino por grupos de comerciantes, industriales y otros hombres de negocios ansiosos de adquirir privilegios especiales, de usar al estado en su propio beneficio; en resumen, por hombres que eran esencialmente modernos mercantilistas.

Esta tendencia mercantilista ha desempeñado un papel mucho mayor en el movimiento general hacia el estatismo y la planificación central de lo que se reconoce habitualmente.

1914-17 era promover la creación y el uso de aceptaciones en dólares, sobre todo aceptaciones de banqueros [...]”. Ibid., p. 86. Cf. ibíd., pp. 91 ss. Puede encontrarse un enfoque crítico en Lawrence E. Clark, *Central Banking under The Federal Reserve System*, Macmillan, New York, 1935, pp. 242-48, 376-78.